

Yo te hablaría, querida Susana, de todas las dichas que me esperan, si no temiese verdaderamente hacerte cometer el pecado de la envidia, á ti, mi pobre y triste compañera, pues no debes ya acordarte de este bello París que has abandonado tan pronto.

Sabe, sin embargo, que para coronar todas sus galantes atenciones,, monsieur d'Emery me ha prometido cada semana dos noches de ópera francesa ó italiana, á mi elección; yo le he hecho escribir y firmar esta promesa en un bonito libro de memorias de marfil esculpido. ¿Qué dices de esto, mi pobre amiga, tú que no tienes otro placer que el de oír la música del viejo cura de Thibouville?

A propósito de música: tengo un piano magnífico, adornado de incrustaciones de nacar y bronce; cuando le ví en mi casa pensé en tí, ¡en tí, que acaso ocupas tus ocios en tocar el órgano de la vieja iglesia de Thibouville! ¡Cuanto te compadezco!

Adios, y el jueves por la noche, á eso de las once, cierra los ojos é imagínate á tu amiga Elena ataviada con un traje de seda blanca, guarnecido de encajes y camelias, y hecho por Victorina.

Adiós, otra vez; mi pobre y querida amiga, yo te abrazo y te amo mucho, á pesar de la gran locura que has hecho.

ELENA... DUCREST. [hasta el jueves].

IV

El mismo jueves por la mañana, cuatro dependientes de la estación del camino de hierro del Oeste llevaron á la calle de Tronchet, número 12, una gran caja de pino blanco, con la dirección á la señorita Ducrest.

Los criados la abrieron con todo el cuidado posible, intimidados por la frase *muy frágil*, que en gruesas letras se veía en todos los lados de la caja.

Saltó, por fin, la tapa y apareció una gran canastilla rústica, fabricada con juncos verdes y frescos de la más elegante forma.

Esta deliciosa canastilla se hallaba colmada, con un arte infinito, de los más hermosos y magníficos frutos de otoño; colocados con una gracia llena de sencillez y de simetría al mismo tiempo.

Elena, aunque muy ocupada de su *toilette*, dejó escapar un grito de alegre admiración, y ordenó que se expusiera la canastilla en el salón hasta la hora de la comida. para que pudieran admirarla los convidados.

—Este lindo regalo es una atención muy amable de Susana,—dijo madama Ducrest;—será preciso escribirla.

Poco después llegó monsieur 'dEmery, y madama Ducrest le condujo delante de la canastilla.

—Mirad, le dijo.—qué bonito regalo acaba de recibir Elena de una de sus amigas que se halla en el campo.

—¡Oh, es admirable!—exclamó él;—á ningún precio se encontrarían ahora en París tan bellas flores y frutos tan magníficos: y ¿sabéis lo que más admiro? la colocacion de tan delicados objetos en la canastilla.

—¡Qué gusto! ¡Qué gracia!—repitieron á coro los convidados.

Madama Ducrest, muy gozosa por aquel nuevo efecto, fue á repetir estas exclamaciones á Elena, que se hallaba rodeada de tres modistas.

Por lo que toca á Susana, fue muy dichosa, cuando recibió, algunos días después, una amable carta de Elena, en la que le daba gracias en los términos más expresivos y cariñosos. Respondióla al instante; pero Elena no contestó, y durante el invierno cesó toda correspondencia entre las dos amigas.

En los primeros días de la primavera, mada-

ma d'Emery recibió de Thibouville la siguiente carta:

Tu no has contestado, mi amada Elena, á la carta que te dirigí cuando empezaba la rigurosa estación que acabamos de atravesar, pero te he perdonado, porque conozco tu afición á los bailes, á los conciertos y á los teatros, y sé que una dama parisién quiere gozar de estos placeres en los primeros meses de su casamiento.

Pero, amiga mía, entre tanto el invierno ha concluido; Mayo empieza y la lilas están en flor, los espinos van á desplegar su perfumado manto, el sol rié en un cielo lleno de alegría y ya no lloverá, los frutos van á ostentar en breve su abundancia sobre los arboles: no dejarás á tu querido París, para respirar el aire puro del campo?

Yo sé que los parisienses tienen por constumbre y hasta por deber el viajar en el estío: si Thibouville no te causa mucho miedo y quieres venir á él, tu amiga Susana será muy dichosa.

Si quieres venir á pasar un mes á mi lado, verás que no he hecho una locura, verás como somos menos campesinos de lo que nos creen y encontrarás en Thibouville todo lo que yo sé debe serte agradable. Ven, pues, mi querida Elena; todos seremos dichosos al verte aquí; espero con impaciencia tu respuesta y creo que será favorable á los deseos de tu cariñosa amiga.

SUSANA RIVIERE

Esta carta quedó cerca de tres meses sin respuesta: mas á fines de Julio, Elena se desidió á escribir esta otra que causó en el ánimo de su amiga la mas viva alegría:

Mi buena Susana: si no he contestado antes á tu carta, ha sido porque esperaba todos los días ver cumplido mi deseo: desgraciadamente me veo obligada á renunciar á la sola cosa que yo esperaba, que anhelaba con todas mis fuerzas. Según dices muy bien, es una costumbre y hasta un deber para una parisién el hacer un viaje de estío: por esta razón, me prometía ir bien á Baden, á Vichy ó á Biarritz: más ¡ay, querida mía! ¡juzga de mi enojo, de mi pena, al verme obligada á renunciar á ello! Sin embargo, no permaneceré por mucho tiempo en París: no, ¡aunque tenga que ir á enterrarme en una aldea inhabitada, no estaré aquí, mientras todas mi amigas van partiendo á las aguas y se despiden de mí con aire de insultante conmiseración!

Ya comprenderás, mi querida Susana, cuan grato me será verte; sabes también que te amo lo bastante para preferir el viaje á Thibouville á cualquier otro; por lo mismo puedes contar conmigo, á condición, sin embargo, de que no alterarás el orden de tu casa, bajo el pretexto de que recibes á un parisién: yo me arreglaré con lo que tengáis; en el campo, como en todas partes es preciso saber tomar su partido.

Estoy muy tritise, querida mía: ¡Ah! ¡Jamás hubiera creído que había de verme precisada á

renunciar á un viaje de las aguas! ¡Qué amarga, que dura es la vida! En tanto que una es libre, no se duda de la felicidad: pero tú sabrás ya también, desgraciadamente, que el matrimonio no es siempre alegre y rosado!

Muy mal invierno has debido pasar, pobre Susana me enternezco sólo de pensar en la monotonía de tus hábitos y creo que el esto tendrá más encantos para tí, si ves al lado tuyo á tu Elena: perdóname esta pueril vanidad, pero sabe, sin embargo, que, si cuentas conmigo para distraerte y para que te ayude á soportar tu aislamiento, te engañas, porque yo no estoy alegre ya y tengo muchas razones para que así suceda.

Hasta el martes, día en que llegará por el tren de la mañana, tu amiga.

ELENA DE EMERY.

V

El día anunciado llegó Elena á la pequeña estación de Thibouville y quedó suspensa al

ver por la portezuela del coche, que solamente había dos casas cerca del modesto desembarcadero.

Al pararse, se halló en los brazos de Susana, que la estaba esperando; abrazóla tiernamente la joven campesina y la condujo fuera de la barrera.

Al salir de ella, vieron á Mr. Rivière, que adelantaba para recibir á la viajera.

—Luis, aquí tienes ya á mi querida amiga Elena,—dijo alegremente Susana.

Madama D' Emery y Mr. Rivière cambiaron un cordial saludo: cerca de ellos se hallaba una linda carretela, tirada por dos magníficos caballos que piafaban de impaciencia; un criado sin librea colocó las cajas y las maletas en la trasera, después Mr. Rivière presentó la mano á Elena para ayudarla á subir al carruaje; colocóse Susana al lado de su amiga, Luis ocupó su sitio, é hiriendo el cocheró el suelo con su látigo como una señal de marcha, salió el magnífico tronco al trote largo.

Durante el trayecto, Elena miraba á Susana con creciente asombro: ésta comprendió la expresión de aquella mirada y dijo sonriendo:

—¿Estoy muy bien de salud, no es verdad? Hasta hallarás que he engruesado; el aire del campo dá un apetito ridículo, ya lo verás por tí misma... Pero, Elena, ¡tú estás pálida! Sin duda tendrán la culpa las diversiones y los bailes de invierno, ¿no es cierto? Aquí no trasnochamos nunca, te lo prevengo: y para que al acostarte temprano no se te haga violento, te

haré pasear mucho, á fin de que el cansancio te traiga el sueño.

—No has escrito que tenías una carretela,—dijo Elena á su amiga.

—Por cierto que eres muy indulgente en llamar así á este modesto carruaje,—repuso Susana sonriendo;—es muy cómodo, sin embargo y yo me hallo en él muy bien; al menos así lo pretende mi marido,

—¡Oh, los caballos son magníficos! ¡Qué briosos y gallardos!—exclamó Elena suspirando.

—Vamos; ya veo que esos elegios son un cumplimento á la dirección de Luis; tú sabes que él se ocupa mucho de perfeccionar las razas... ya verás otras mejores y si te agradan, él se tendrá por muy dichoso en ofrecerte un tronco para tu elegante carruaje de París.

—Si mi marido te oyera,—dijo madama D' Emery,—quizá te tomaría la palabra; tiene una pasión desenfrenada por los caballos y los jockeys; verdaderamente en este punto es insoponible; pero ¡ah! en París los hombres son todos lo mismo! Sólo desean todo lo que no tienen, ó lo que no pueden tener, y es imposible poseer buenos caballos en París, con menos que con 90 ó 100,000 francos de renta.

Elena pronunció estas palabras con acento breve pero con amargura profunda, y la amable Susana, para quien no pasó inadvertida, cambió insensiblemente de conversación.

Algunos instantes después el carruaje entró en un basto patio, en el fondo del cual se le

vantaba una gran casa, más ancha que alta; á los lados del edificio se elevaban, en forma de torresillas, dos palomares, sobre cuyos tejados de pizarra revoloteaban dos nubes de pichones; alrededor del patio se veía un verdadero cordón de puertas; tan grande era el número de departamentos: muchas de aquellas estaban abiertas y dejaban ver á los criados, ocupados en dar el pienso á los magníficos caballos y otros en sacarlos al campo.

Monsieur de Rivière salió del carruaje y ofreció su mano á Elena y después á Susana, que condujo á su compañera hácia una puerta cerrada con cristales; ésta se abrió al instante para darles paso.

Dos mujeres, una anciana, y joven la otra, vestidas de campesinas, se adelantaron hácia ellas.

—Hé aquí á tu camarera,—dijo Susana á madama D'Emery, presentándola á la muchacha;—yo la he educado durante el invierno y la he habituado á mis gustos, para dedicarla á mi servicio; te la cedo mientras permanezcas aquí, querida Elena: tú la perfeccionarás y ella se tendrá por muy dichosa en servir á una bella parisién, ¿no es verdad, Juana?

—¡Oh, sí, señora!—respondió la joven ruborizándose.

Elena, poco atenta á la buena voluntad de la joven aldeana, que la miraba pasmada de su belleza, penetró en la habitación que se extendía detrás de la puerta entreabierta; paseó por ella su mirada y exclamó:

—¡Ah, qué lindo salón!

—¡Cómo! ¿Te parece bonita esta enorme sala?—preguntó Susana.—¡Eres muy indulgente, por cierto, muy indulgente! Espero, amiga mía, que te agradará más tu cuarto; ven, quiero conducirte á él, porque me parece que desearás desembarazarte del sombrero y del polvo del camino.

Diciendo esto, Susana asió del brazo á su amiga y ambas atravesando piezas alegres y claras guarnecidas de muebles útiles; grandes cortinas de cutí de hilo, extendidas delante de las ventanas, atenuaban los rayos del sol.

Susana hizo entrar á su amiga en una primorosa habitación; cubría las paredes un papel azul y blanco, del todo semejante á la persa de que estaban formadas las cortinas del lecho y de las ventanas; Juana, que las seguía, abrió las maderas, entornadas desde por la mañana y el sol iluminó una antigua cómoda á la Luis XV, y un tocador del mismo estilo, adornado de magníficos bronces cincelados; en un ángulo había un aparadorcito cargado de esos mil objetos indispensables á los hábitos de una joven elegante. Un antiguo tapiz de los Gobelinos cubría el pavimento; una pequeña péndola dejaba oír su acompasado tic-tac sobre la chimenea, á los lados lucían dos candelabros y dos enormes floreros llenos de rosas, de liliás y narcisos que esparcían un fresco y delicioso perfume.

A través de las ventanas se divisaban los grandes árboles del jardín y se respiraba el

dulce aroma de la madreSelva, que subía hasta el muro en verdes y flexibles espirales.

—Aquí tienes un pequeño y pobre nido,— dijo Susana con radiosa sonrisa:—al lado de tu lecho hay una campanilla, con la que podrás llamar á Juana cuando la necesites; te dejo por breves instantes, muy pronto vendré á buscarte; mi amada Elena, no vayas ahora á molestarte con una *toilette* muy esmerada, porque tenemos que ir á recorrer los bosques y á visitar toda la casa.

Madama de Rivière hizo á Elena un gracioso ademán de tierna despedida y salió con su paso ligero y casi infantil; Juana la siguió y Elena quedó sola en aquella habitación tan alegre, tan llena de luz y de sol.

Un impulso de irresistible curiosidad la llevó á la ventana, desde la cual vió un hermoso jardín lleno de flores y de frutas, donde trabajaban muchos jardineros; oyó á lo lejos vagos mugidos, rumores confusos y los mil ruidos diversos de la vida del campo.

Esta calma, esta dulce serenidad, hacían tal contraste con los pensamientos que llenaban el alma de la joven parisién, que se retiró al fondo de la estancia, se dejó caer sobre una silla, cruzó con desaliento sus manos sobre las rodillas y echó á llorar.

Susana volvió, según había ofrecido, á buscarla al cabo de breve rato, y á la primera mirada comprendió que había llorado.

—Mi querida Elena,—le dijo abrazándola,—tú tienes algún pesar, no estás alegre como

otras veces. No te consolaré, si tú no lo deseas; por lo pronto, solo trataré de distraerte... las confianzas de tu parte vendrán después; vamos á desayunarnos, y procura, te lo ruego, no estar triste delante de mi marido, porque creerá que no te hallas bien en nuestra modesta casa.

Madama d'Emery alisó sus hermosos cabellos negros, se puso, ayudada de Susana, un sencillo traje de muselina y ensayó una sonrisa que animó algún tanto sus encantadoras facciones, pero sin poder alejar de ellas la densa nube de tristeza que las velaba.

VI

El desayuno estaba servido en un gran comedor con antiguos muebles de encina. La mesa se había colocado cerca de la ventana que caía al jardín; el canto de los pájaros y el perfume de las flores llegaba hasta los convidados, y monsieur de Rivière se manifestaba alegre, afectuoso y solícito.